

ÁNGELA ÁLVAREZ SÁEZ

Mi cuerpo es una trinchera
levantada sobre monitores de oxígeno.
Me dan pastillas rojas por la mañana.
Me dan pastillas azules por la noche.
He tenido pesadillas con niños
que crecen deformes por las copas
de los árboles.
Las placas muestran una mancha
de petróleo que se extiende
por mi pecho.
Hoy han venido las enfermeras
con mascarillas y guantes
y me han dejado una hoja para firmar
mi consentimiento de muerte.
Su baile de máscaras ha dejado
mi cuerpo lívido con úlceras
que se abren como bocas.
La tarde se expande por
las ventanas del hospital
como un tsunami de luz.
Mis hijos no pueden venir a verme.
No pueden coger mi mano.
No puedo recibir su corazón en mi puño.
La neumonía ha quebrado las ramas
de mis pulmones septuagenarios.
Tengo a mis bebés recién nacidos
bebiendo la leche agria de mi pecho.
Tengo a mis padres muertos
dando golpes contra mi conciencia.
Mis manos planchan el blanco
de mi vestido de boda
como un conjuro de paz.

Estoy sola. Aislada en una habitación
con los ojos de la nieve trepando
por el rojo de la sangre que escupo.
Tengo miedo de morir esta noche
y no encontrar el camino
correcto para marcharme.

(Inédito)

Mamá me alimenta mientras
un charquito de sangre
queda estancado debajo de la leche
como piedras afiladas
en la lengua de la noche.
Mamá me amamanta
mientras menstrúa.
Y mi cuerpo tiene
el peso opaco de la tierra.
Mamá sabe a sangre.
Mi cuerpo es una herida abierta
que mamá me limpia con saliva.

(De *El Hijo culebra*, InLimbo Ediciones, 2020)

Mamá dice que no debo bajar al río.
Pero no hago caso a mamá. Los hermanos
miran cómo bajo la ladera. Ven mi cuerpo
desaparecer en la culebra. Mamá
me pregunta dónde he estado. La cena
está servida. Esperamos a papá como se espera
una roca. Sube papá por las paredes y nos deja
un alambre como espina dorsal. Mamá no quiere
ver el juego. Los hermanos han vuelto
sus cabezas hacia mí. Me miran con los ojos
de papá. La noche es fría. Unos perros
ladran con los hocicos llenos de culebra.
Mamá no quiere oír el llanto de los hermanos.
Se tapa los oídos mientras papá desaparece
por el desagüe. Me han traído un bebé que
no quería. Mamá no quiere verme. Repto
por el baño hasta los ojos de mamá.
Los gritos de los hermanos suben
como la espuma del detergente
que utiliza mamá para lavar
la vajilla. La abuela ha venido. Mamá
recoge los desechos del baño. La abuela
pasea su larga cola por las habitaciones.
Los hermanos gritan y escupen a la abuela.
Mamá grita y me aparta. La abuela sale.
Yo rezo en el río. Salgo de la culebra.
La culebra expulsa hijos
como una máquina expendedora.
Papá ha vuelto. La abuela ha llamado por teléfono.
Esta noche no hay sitio para la culebra.

(De *El Hijo culebra*, InLimbo Ediciones, 2020)

El parto

A partir de aquí
romperemos los lazos visibles.
Mi cuerpo sobre la camilla
atraviesa un sendero blanco
de pestañas. Tu cuerpo con la vida
pendiendo del resultado
de un test de Apgar
no puede sentir el tacto
de mi piel, ni el recorrido de la noche
apaciguando la sed de sangre
que nos mutila el corazón.
Con un hilo de cordura,
apagada por la anestesia,
te llamo y el ruego
se torna en la oración
más serena, clara.
Luego cojo entre mis manos
el útero y lo exhibo, impúdica,
desafiando los límites de la entrega.

(De “La estación de las Moras”,
XXXIV Premio Carmen Conde, Torremozas, 2017)

Madre, los almendros están en flor.

Esta mañana, mientras paseaba con mis hijas

hemos visto su explosión blanca y rosa.

Luego, los caballos han pateado

las flores en el barro de los adoquines.

Madre, cuando no estemos, los almendros

seguirán con su movimiento hacia el día.

Y las mujeres parirán insomnes.

Madre, he oído los gritos

blancos de esas mujeres.

Madre, he dejado a sus bebés

dormidos sobre sus vientres.

Algún día un mar de lápidas

vendrá por nosotros,

los almendros seguirán en flor

y no tendremos ojos para verlos.

(Inédito)

Palabra del fuego

Hallé una voz que temblaba en el filo del verano.
Me acordé de las madres pendientes de sus hijos
en las incubadoras. Cualquier respiración animal
me recuerda a ellas. La voz que temblaba
me deshabitó. Me dejó huérfana de suavidad.
No hallé rama en la que posarme.
Con ojos de pájaro. Con las alas
batiendo el aire. Suspendida en la luz
que declina y se rompe al final del día.
El cuerpo en equilibrio. La boca a punto de morder
el fruto ya maduro. Pero la realidad hizo que mi cuerpo
bajara a la tierra. Que mi carne se hiriera de luz.
Con llagas en la memoria volví a compartir espacio
con madres en hospitales que curan
los cuerpos de sus hijos. Hijos y más hijos
batiendo las alas al borde de sus madres.
Sin poder evitar el incendio de las cuchillas.
Madres, hijos, tensando cuerdas
para conseguir un acorde que muerde lenguas
y escarabajos. Y cómo saber cuándo termina el acorde.
Cómo atravesar el corazón de la guerra
y volver con el pecho sin úlceras.
He visto mi vientre gestante desbordando cuerpos,
acercándose a la quietud de la nieve. He visto
al hermano que corre turbio espantando
gallinas por los pasillos de los hospitales.
He visto el fuego, he ardido y me has llamado.
Pides pan y leche. Pero la escasez impide que te alimente.
No como tú quieres. No como tú necesitas.

que acabas de cazar sobre los hombros.
Hueles a sangre y a barro. Los demás te miran, ojo sobre ojo.
Desconfía del lenguaje. Desconfía de las
imágenes que he dibujado. El poema adquiere
un tacto denso. Oscuro. Entra en el centro
de la sangre y coge el órgano que palpita.
Mamá. La escasez. El hambre. Hay pan.
Hay leche en la despensa. Pero, ah, la escasez.
Eras pájaro. Estabas suspendida en luz.
La quietud y el silencio de la nieve.
Luego todo ardió y con el fuego vino
el poema y las madres en los hospitales
y los hijos al borde de sus madres
y tú con cenizas detrás de los ojos. Ojos sobre ojos.
Cenizas sobre vientres. Mamá. ¿Quieres a mamá?
Tienes miedo de los monstruos y de las escaleras.
Mamá. Por qué escribir. Por qué poemas
sobre imágenes en ruinas. Mamá.
Ningún ciervo ha sido herido. La sangre
no huele. Deshacer el miedo.
Mamá. Me has llevado al límite del olvido.
Mamá. Deshacer tu cuerpo.
Olvidar que una vez existió
la madre. Olvidar que los hijos
duermen en incubadoras. Borear
la luz. Deshacer el poema.

(De "*Palabra vegetal*", Premio Blas de Otero Villa de Bilbao
2018. Editorial Devenir)

Álbum de poetas

Fomento a la lectura a través de poetas contemporáneas

